

dor, por no saber apartar con perpeticia discreta la temeridad afortunada de la fortaleza virtuosa. Con el rodeo de todo este largo discurso, apoyado en no pocos exemplos Militares, que se ofrecen obvios en Historias humanas, venian a concluir: que la Victoria del Siervo de Dios debiera ser castigada como vn honrado delito: coronandole primero de Laureles la cabeza, para darla despues al cuchillo en el cadahalso, donde este le calificara de temerario, al mismo tiempo, que le acreditara de Vencedor el Laurel.

Si los que asi discurren, no estuvieran aplicados mas al estudio de las falacias de la Milicia, y de la malicia, que al de la piedad Christiana; hallarian a cada passo en las Santas Escrituras exemplares poderosos, que defamarian del todo las maquinas de su calumnia. Quien se atreverá a condenar por temerarios, ni a Geodeon contra los Madianitas, ni a David contra los Filisteos, ni a aquel Gran Capitan de los Machabeos contra las Armas de Grecia en los peligrosos arreos de sus Batallas? Quien dirá, que atropellaron el Natural, y Divino precepto de conservar la vida, o Sanfon sepultado entre las ruinas del Templo, o Eleazar oprimido de la descomunal pesadumbre de la Bestia? Ni le queda a la emulacion para la respuesta el refugio, de que Capistrano se arrojó al riesgo sin revelacion particular; o a lo menos sin aquel superior Divino impulso, que lleva a los justos a los peligros, para sacarlos de ellos victoriosos: porque responder asi, será hablar, y no otra cosa. Si la fe, que dieron los Emulos a sus cavilaciones, no se la negaran a las Cartas del Santo, ni a las relaciones escritas de los que le acompañaron en toda la serie de los sucesos, que yo dexo referidos: no se halla-

ran aora convencidos, o de maliciosos, o de negligentes, de negligentes, si pudiendo dar con la verdad, no la buscaron: de maliciosos, si aviendo dado con ella, no la dieron la fe, que merecia.

Fuera de que siendo la accion de vn Heroe tan illustre en virtudes como Capistrano, y tan calificado del Cielo en perpetuas maravillas; debiera con piedad presumirse tal impulso, que al hecho quitaife lo temerario, y dexasse solo lo heroico; salda que halló aun a mayor dificultad el juycio de San Bernardo, benigno todo sin el extremo de fácil. Pero Tribunal, en que sirve de Fiscal la emulacion; de las sombras forma cuerpo de deliro, y tal vez tan obstinado, que son bien menester, para desvanecerle, todas las luzes de la verdad, y todos los alientos de la justicia; y quiera Dios que baste.

CAPITULO XVII. PROSIGVE LA MATERIA DEL CAPITULO pasado.

Poco mas fundamento que las antecedentes tiene la calumnia de ambicioso, que pregonaba la malicia, y nos resta desvanecer aora. Esta impostura se estendió mucho mas que las primeras; porque volando desde sus principios en las voces vagas de la emulacion, llegó a hazer asiento en el juycio de algunos Historiadores de intencion sana, y de autoridad no vulgar: pero de menos reflexion que la que en esta materia fue necesaria, antes de sentar sus plumas. Con ellas levantó la calumnia segundo buelo, y con mayor impulso; porque quanto tenian de mas afectos a Capistrano los que la escribian, tanto mas imprecisionaban su dicho en el asenso de los prudentes. Y como es tan del genio

Sane ubi simile aliquid à Sanctis laudibus fuisse legitur usurpatum, Scriptura non indicat, quod Deus ita precepit: aut eos peccasse intendant, sicut homines; aut coris, sicut Prophetas, familiariter censuram Dei accepisse. Unde & unum exemplum ponimus quod occurrit, de Sampson, qui se ipsum non cum hostibus opprimens interfecit. Quod utique factum si defensur non fuisse peccatum, privatum habuisset, non censuram indubitanter crederetur esse, et si de Scriptura hic non habeamus. D. Bernard. de Precepto, & Dispensat. Videtur ubi.

nio de nuestra viciada naturaleza abrir facilmente las puertas del juycio a las imposturas, y cerrarlas a la fe de las hazanas, y virtudes agenas: se estendió tanto de vnas plumas en otras la nota de ambicioso de nuestro Santo, que corria ya en estos vltimos siglos, como cosa fuera de duda. Mas no saltarán filos, ni espíritu en los labios de la verdad, que quiten al engaño la vida, y le corten las alas para que puestas a los pies de la virtud del Siervo de Dios, sean vno de los muchos, y gloriosos trofeos, que contribuyen a su grandeza.

Daban por sentado sin controversia los Emulos de Capistrano y los Afectos de Huniades; que este avia asistido personalmente a todas las funciones de la Campaña, hasta la entera Rota del Exercito enemigo. Esta suposicion la apoyaban en dos principios, que no pasando en la realidad de vnas leves conjeturas, se les representaban en su juycio maximas incontrastables. El primero era, que aviendo escrito Huniades a Calixto Tercero el feliz exito de la Batalla, le hazia entender en la Carta lo mucho, que (supuesto el auxilio Divino) avia cooperado a la Victoria con su Conducta; y no era de erogar, que en materia de tanto peso vn Principe tan illustre, y escribiendo a vn Pontifice, procediese con la mas leve sombra de duplicidad. El otro fundamento era, que Huniades a fuer de Capitan General, que mandaba las Armas Christianas; y tan acreditado de valeroso, como la fama esta voceando aun hasta oy: no pudo menos de asistir personalmente a la víctima, y mas peligrosa funcion de la Batalla Campal, donde tuvieron tanto lugar de luzir las obligaciones de su sangre, y el valeroso ardimiento de su zelo Catholico. Fixos estos dos principios, bolvian, o rebolvian el discurso azia Ca-

pistrano, para levantar la maquina de la impostura; abultada por esta forma. Dexó Capistrano escrito el suceso de la Batalla en varias Cartas, que dirigió al referido Pontifice Calixto Tercero; y es cosa maravillosa, que en todas ellas se olvide tanto de Huniades, quanto se acuerda de si; porque alargando bastantemente la pluma en la narrativa de sus hazanas propias, la encogió para la de Huniades; de modo, que de este Ilustrissimo Capitan apenas se le oye el nombre. El dize, y que salió al Campo; el dize, que mandó las Armas del dize, que rompió los Turcos; el dize, que cogió los despojos; y en fin, el todo se lo dize. Que piensa (concluyan contra Capistrano en tono de saryra) y muy satisfechos de su discurso sin duda el Capitan General del Exercito se le quedó mirando a las manos; suspensos y admirado de la destreza; con que jugaba el Baston. Este silencio, pues; tan estudioso, o tan estudiado azia la Conducta de Huniades; (dezia vltimamente) que pudo ser en la pluma de Capistrano, sino vna disfrazada ambición, de los agenos honores? Este es todo el argumento, que esforcó por entonces la malicia; para convencer en nuestro Santo la infamia de ambicioso; y el que, en voces mas templadas, y con intencion mas pura, dieron despues a la luz de la prensa graves Escritores.

que en todas ellas se olvide tanto de Huniades, quanto se acuerda de si; porque alargando bastantemente la pluma en la narrativa de sus hazanas propias, la encogió para la de Huniades; de modo, que de este Ilustrissimo Capitan apenas se le oye el nombre. El dize, y que salió al Campo; el dize, que mandó las Armas del dize, que rompió los Turcos; el dize, que cogió los despojos; y en fin, el todo se lo dize. Que piensa (concluyan contra Capistrano en tono de saryra) y muy satisfechos de su discurso sin duda el Capitan General del Exercito se le quedó mirando a las manos; suspensos y admirado de la destreza; con que jugaba el Baston. Este silencio, pues; tan estudioso, o tan estudiado azia la Conducta de Huniades; (dezia vltimamente) que pudo ser en la pluma de Capistrano, sino vna disfrazada ambición, de los agenos honores? Este es todo el argumento, que esforcó por entonces la malicia; para convencer en nuestro Santo la infamia de ambicioso; y el que, en voces mas templadas, y con intencion mas pura, dieron despues a la luz de la prensa graves Escritores.

Guerra el mismo día de la función por la mañana (según dexamos dicho) firmó el Vando, de que ningún Soldado, pena de la vida, se atreviese á salir á la Campaña. Pues como es creible, que este General rompiese con la espada aquel mismo Decreto, que acababa de formar con la pluma; mayormente quando aun se quedaba bacilando en la fe de la Victoria?

Ni el dexar de pelear Huniades en esta ocasión, y en tales circunstancias, puede ser ni leve sombra, que entibie los resplandores de su ilustrísimo valor; porque distándole, como le dictaba discretamente su prudencia, que salir los Soldados al Campo para la Batalla, no era mas, que ir á poner la Victoria á los pies del enemigo: fué cordura, y dexó de ser covardia con tener el valor en el pecho, y la espada en la cinta.

Resta aun para mayor, y mas vigoroso apoyo de todo lo dicho producir vnas palabras del mismo Eneas Silvio, que hablando de este punto en la Historia de Europa Cap. 8. dize expressamente, que la ocasión, que empeñó á Capistrano en la facción de la última Batalla fué, el ver, que los Cruzados solo á él le obedecian, sin tener cuenta con la autoridad de Huniades. *Vidit ex muris Capistranus transierat hostium aciem, insidiasque cognoscens, revocare suos cepit: cum parum exaudiretur, tympanis, ac tubis confudentibus vocem, praecepit in pugnam dilabatur: atque inter duas acies inter tela volantia percurrens, clamoribus, ac signis Crucis signatos reddere coegit, apud quos nulla erat Huniadis vel fides, vel auctoritas.* Y en esta ocasión fué, quando despues de ordenados, y dispuestos los Cruzados por la industria, y agilidad del Siervo de Dios, para que los Turcos no les cercasen, bolvieron sobre ellos con los tres avances arriba di-

chos, hasta derrotarlos enteramente. *Nec est silentio praevenienda (escrive Pedro Matheo) Ioannis Capistrani, Franciscani Monachi insignis gloria, qua profecto coronam obfusionalis iure consecutus est. Is cum videret hostis impetum omnium terre animos... gloria stimulo, et victoriae expectatione suos urgebat, Crucis Vexillum ostendens, opem, et auxilium presentissimum promittens. Strenuus Alcides medius volat ecce per hostes, &c.* En cuyas palabras. debe notar el Lectory que no se oye el nombre de Huniades.

Sentado, pues, que este gran General no se halló en esta función de la Batalla, como se convence de lo dicho hasta aquí; hago sola esta pregunta á la misma emulacion, para que en su respuesta se desvanezca su impostura: si Huniades en la Batalla Campal, no solo no sacó la espada, sino que prohibió (y prudentísimamente) que el Exercito Cristiano se moviese; y solamente Capistrano, fiado en el poder de Dios; movido del Divino impulso, y asegurado con la revelacion de la Victoria, acometió con sus Cruzados al enemigo, hasta romperle, y precipitarle en indelicada fuga: por qué ha de ser cosa indigna de vn Varón Santo, ni contraria á la mas profunda humildad, escribir el hecho al Pontífice, sin añadir, ni quitar, como en la realidad sucedió? La caridad (que sin dexar de ser discreta, todo lo cree, porque nada embidia) discurriera muy de otro modo, y dixera: Así escrive el caso al Pontífice vn Varón de Dios, illustre en virtudes, y milagros, y favorecido del Cielo con la Victoria: luego así es, como lo escrive, y sus obras dan bastante testimonio de su verdad.

Fuera decente, pues, que Capistrano, por ensalzar á Huniades, ó por que no le tuvieran por ambicioso de honores, rompiese los fueros de la

*Charitas sua
A non est.
Omnia credit.
Non ambulat
in tur.*

fin.

honestidad, é infamase los candores de su virtud con la torpe mancha, ó de la mentira, ó de la lisonja? Proceden los Siervos del Altísimo en sus operaciones muy desaforados de los respetos de mundo; y siguiendo sencillez, y derechamente los caminos reales de la verdad, y de la justicia; ni saben, ni pueden entenderse con los ródéos, y rebueltas del engaño, ó de la adulacion. Considero siempre Capistrano en Huniades vn Heroe, dignísimo de immortal fama; y de eterna gloria, por su valor, y zelo Cathólico, con que á costa de muchos riesgos se hizo perpetuo martillo de los Turcos, y muro de la Santa Fe. Por estos titulos le amo el Siervo de Dios con finísima ternura; y no se apartó de su lado, hasta que en su última enfermedad entregó en sus brazos el espíritu al Criador: ni perdió ocasión alguna de folicitarle las mayores honras, en quanto le fué posible sin detrimento de las virtudes. En la primera Carta, que despues de la Batalla escribió el Santo á Calixto Tercero, ensalza á Huniades con los elogios de *Terror de los Turcos, y fortísimo Defensor de los Christianos*: en otra con el de *Invicto Guerrero*: y en la Cancion lugubre, que escribió llorando su muerte, le llama *Aurora del Cielo, Corona del Reyno, Antorcha del Orbe, Espejo de la Religión; que dexando postrado al enemigo de ella, subió á triunfar con los Angeles, y reynar con Christo*. Juzgue áora el prudente, si quien así procuraba eternizar en las voces de la fama, y en el templo de la immortalidad, la gloria, y la memoria de Huniades, pretendiera usurparle con ambicion injusta, y malicioso silencio los debidos honores.

Queda solo que satisfacer el reparo fundado en la Carta, que despues de la Batalla escribió Huniades á Calixto: donde, sin acordarle de Ca-

pirano, le refiere el suceso, dexando el campo abierto á la presunción de su averfe debido á su buena conducta la Victoria: y parece no obraria vn Príncipe tan acreditado como Huniades, sino con aquella sincera ingenuidad condesciente á su persona. Este tropiezo facilmente se allana: lo vno, porque era así verdad; fué muy importante; mandasse las Armas Huniades, para que la expedicion de la Campaña llegasse al estado, que llegó; pues á no estar los Soldados á su sombra; ni Capistrano huviera profeguido la empresa; ni las mas de sus resoluciones huvieran tenido aquel apoyo solido; que se necesitaba, para conducirlas con prosperidad á sus fines: y aun por esto lo primero; que emprehendió el Siervo de Dios; como vasa firme, sobre que fundar sus designios, fué, que Huniades mandasse las Tropas. Luego sin deslizarle en duplicidad pudo muy bien este gran Soldado dar á entender á Calixto lo importante; que fué su Conducta; para la feliz expedicion de la Campaña. Lo otro, por que ya se sabe, que qualquiera facción de los Soldados es propia del General: ya sea, porque como Cabeza del Cuerpo de su Exercito influye en los miembros los movimientos; ya porque como espíritu lo anima con su valor. Tenemos, pues, que de ninguna manera puede, ni debe perjudicar á nuestro Santo la Carta de Huniades á Calixto Tercero.

Para última contestacion de la verdad, que voy persuadiendo, he reservado vnas palabras del Rey de Hungria Mathias, hijo del mismo Huniades; las cuales, siendo por si mismas vn verdadero elogio de la heroica humildad de Capistrano, son tambien su mas nervosa Apologia, por la circunstancia de quien las dize. Este Príncipe, heredando de su illustre Pa-

Pa.

Padre con la sangre la piedad, y con la piedad la devocion al Siervo de Dios: solicitò con fervorosissimo zelo, por quantos medios fueron posibles, estender por todo el mundo la fama, y veneracion de sus virtudes. Escriviò à este fin vn elegantissimo Panegyris de todas ellas en letras distinguidas à todos los Principes Christianos, excitandolos à cooperar à sus intentos, que eran de negociar à Capistrano despues de su muerte los cultos publicos de la Iglesia. En las referidas Letras, entre otros elogios del Siervo de Dios, dize el piadoso Rey los siguientes: El mismo Dios de la gloria nos diò liberalmente como especial dadiua de su mano para nuestra honra, y de todo nuestro Reyno à Juan de Capistrano del Orden de los Frayles Menores; llamados de la Observancia, como vn limpissimo espejo de vida sumamente ajustada; como vn Varon de santissimos procederes. Todos los que tenian enfermos, los llevaban à Fray Juan; muchos de los cuales así conducidos, bolbian alegres à sus casas, recibida la gracia de la salud; segun que muchos Fieles de los nuestrs lo testifican. Pero este Varon con su humildad (por lo que aborrecia à la vanagloria, cuyo mas ligero polvo no quiso en ra el que le empañasse) atribuia estas, y semejantes cosas, no à sus meritos, sino à los del Beatissimo San Bernardino, del qual traia consigo las reliquias, y las aplicaba à los enfermos, poniendofelas sobre la cabeza. Haga reflexion el discreto en lo que vn Hijo, y Hijo Rey, dize de aquel hombre, que en opinion de la emulacion vsurpò ambiciosamente las glorias de su Padre Huniades. Como arrebataria los honores agenos con los artificios de la simulacion, el que por su extremada humildad temia,

Tom. 6. An
nal. Ord. ad
an. 1456.

le tocasse aun el polvo mas sutil de la vanagloria? Y el que estudiaba con austeridad santa en atribuir à otro los propios aplausos, como pretenderia hurtar con ambicion injusta los que no eran suyos? Escondia Capistrano sus milagros, para no ser venerado por Santo, y se apropiò hazañas agenas, para ser admirado por vencedor? Y si esto fuè así; que le moviò à vn Rey de Hungria à escribir Panegyricos, y Apologias de la humildad de Capistrano, quando la ambicion; è injusticia de este, tenia vsurpada la gloria debida al merito de su illustre Padre? Bien me persuado, que si Eneas Silvio huviera tenido à los ojos estas razones, antes que à los oidos los gritos de la emulacion, disfrazados en lo verosimil; huviera escrito segun su piedad, y la devocion, que profesaba el Santo. Mas al fin ello es, no se si dicha, ò pension de las hazañas illustres, que la emulacion las haga sombra: sombra, que las sigue, y las persigue; sombra, que las representa siempre con monstruosidad; sombra, que para confundirlas se abulta cuerpo de horrores: pero sombra tambien, que al fin, ò se deshaze en si misma, ò haze, que refalten mas las luzes con la vezina oposicion.

CAPITULO XVIII.

ENFERMA DE PELIGRO CAPISTRANO: y muerte Huniades; asistele el Santo en su muerte: explica su dolor; y profetiza varios sucesos.

Quando con mas calor se trataba entre los Principes de la Europa la prosecucion de la guerra Santa, à que con la Victoria de Belgrado se avia dado tan fausto principio; cortò el hilo de estos intentos la muerte de los dos Caudillos

Ca-

Capistrano, y Huniades: entre los quales no pudo romper ella aquel apretado vinculo de amistad santa, en que los avia estrechado la caridad. Sintieronse ambos tocados del contagio; que la infeccion del ayre causò casi en todos los Ciudadanos de Belgrado, por la corrupcion de los muchos cadaveres de los Turcos, à quiehes no se diò tan pronta sepultura, como lo pedian los calores del Estio. En Huniades fuè mas executivo el golpe, y en pocos dias le quitò la vida del cuerpo, para trasladarle à la eterna, coronado de los Laureles, que regò con el sudor de su frente en defensa de la Fè Catholica.

En Capistrano se explicó el dia seis de Agosto mas ardiente la calentura, que le durò casi tres meses continuos hasta su muerte, con vehementissimo dolor de riñones, suprefusion de orina, dysenteria, y otros varios, y complicados accidentes, en que se acabò de acrisolar el oro de su paciencia. No cedieron à tantos males, ni los rigores de su penitencia, ni los ardores de su caridad: y con las fuerças, que las valentias de su espíritu le daban, asistió de dia, y de noche à su buen Amigo Huniades; sin apartarse de su cabecera vn solo instante, por el mucho consuelo, que en esto tenia el Enfermo, hasta que últimamente entregò este al Criador el espíritu en los brazos de Capistrano.

Tenia Huniades dos hijos ya mancebos; llamado el vno Ladislao; que era el Primogenito: y el otro, Mathias, que era el menor. Entraron estos à visitar à su Padre en los principios de la enfermedad, estando Capistrano presente. Ladislao, como mayor, y Primogenito, tomò la mano derecha; y Mathias, como menor, y segundo, la siniestra. Mas el Siervo de Dios, ilustrado ya con luz del Cie-

Parte V.

lo, cogió de las manos à los Mancebos, y sin hablar palabra, les hizo trocar los lugares. Esta misma diligencia repetia el Santo, siempre que los hijos entraban à visitar à su Padre. Estrañò este tan repetida extravagancia; y persuadido à que no carecia de mysterio, rogò secretamente à Capistrano quisièsse manifestarlo. Pues sabed, Señor (dixo entonces el Santo) que à Mathias doy el lugar mas digno, porque se ha de coronar Rey de Hungria, y seràn sus hazañas tales, que llenaràn condignamente todo el vacio de las vuestras. La mano siniestra doy à Ladislao; porque aunque mayor, y mas robusto, se agostará muy en breve todo el rigor de vna arrebata da muerte. Pocos dias passaron, sin que se viesse cumplida à la letra en vno, y otro hijo esta profecia.

La muerte de Huniades llorò Capistrano aun con mas tiernas expresiones, que David la de Jonatàs; porque tenia altamente comprehendida la falta, que en tal coyuntura hazia à las Armas Catholicas este grande Campeon de la Fè. Para que su dolor se imprimiesse aun en los bronces, compuso el Santo (como dixè arriba) esta lugubre Cantinela: *Salve Aureola Cæli: cecidit Corona Regni: extincta est lucerna Orbis. Hæc corruptum est Speculum, quod inspicere sperabamus. Nunc te, devictio inimico, regnas cum Deo; Et triumphas cum Angelis. O bone Ioannes. En protesta del severo sentimiento, que ocupò el coraçon del Siervo de Dios con la muerte de su Amigo, no bolvió à reir mas en su vida.*

Lo profundo de esta pena, y lo vehemente de sus dolores, que cada dia iban tomando mas fuerças en la debilidad del cuerpo, le traian tan interiorizado para el exercicio de la resignacion, que vivia todo abstra-

Q

tra;

traido, y extático. A esta causa eran ya por estos tiempos sus excessos mentales muy frequentes, y tan continuos, que mas parecía pura Intelligencia, y Ciudadano del Cielo, que hombre terreno, y detenido entre las prisiones de la mortalidad. Pasaba todas las noehes en altísima contemplacion, y profundos raptos, que le enagenaban de sí, para transformarle en Dios. En este inmenso abysmo, y centro de la caridad perfecta, se sumergia, y anegaba; y no sabia respirar, sino pidiendo con ardientes ansias el bien vniversal de la Iglesia. Estando en lo mas fervoroso de vno de estos excessos mentales le revelò el Señor innumerables calamidades, que avian de venir sobre el Pueblo Christiano por el desorden vniversal de las costumbres. Con esta noticia quedó el coraçon del Siervo de Dios traspassado de dolor, y sin poder esconderle en el disimulo, se anegaba en lagrimas, y suspiros. Advirtiólo vno de sus Compañeros, y le rogò humildemente, se dignasse de descubrir el motivo, que tenían expresiones tan amargas. Ay! Hijo, (respondió el Santo) en vn instante me ha hecho el Señor patentes tales, y tantos castigos prevenidos para escarmentar su Pueblo, que si el torrente de su indignacion no se contiene dentro del seno de su misericordia, podrá temerse casi el vltimo exterminio de la Religión Christiana. Mira, que te prevengo con este aviso, para que así tú, como los demás Compañeros, lo prediquéis despues de mi muerte, à fin de que amedrentados los Fieles con la noticia de su peligro, le ven ten emmendando lo torcido de sus costumbres.

Obedecieron los Compañeros à Capistrano, y despues de su muerte comenzaron à predicar à los Pueblos

este fatal vaticinio. Despreciaronle locamente, y experimentaron en fin nefastos infortunios el castigo de su desprecio: porque corriendo desbocados al precipicio de su eterna perdicion, vertió la Justicia Divina el Caliz de su furor, haziendole beber à todos los pecadores de la tierra, hasta lo mas amargo de las hezes. Vióse anegada la Europa en vn abysmo de calamidades, tan vniversales, como sensibles. Encendióse peste en las mas de sus Provincias, de q murieron innumerables personas. Los residuos de la peste destrozò la hambre; y los de la hambre acabò de consumir la guerra. En la Hungría se perdió del todo vn Exercito de setenta mil Crucigeros. En Sicilia à los quarenta dias de la muerte de Capistrano, en el silencio de vna noche se arruinaron Poblaciones enteras, entre cuyas ruinas quedaron sepultadas mas de setenta mil personas. Ulrico, Conde de Cllia, quitò alevosamente la vida al Primogénito de Huniades (como el Siervo de Dios lo tenia vaticinado) y el Rey Ladislao hizo degollar al Conde por la alevosia. En Roma sucedió la muerte del Summo Pontífice Calixto: en Bohemia, Francia, Inglaterra, y Aragon las de sus Reyes. Faltaron al mismo tiempo otros muchos Potentados, y Principes de la Europa: cuyas muertes fueron funestísimos seminarios de sangrientos odios, que anhelando à la vengança, llenaron de horror, y confusion todo el candor, y hermosura de la Ley de Christo. En fin las calamidades, que se experimentaron vniversalmente poco despues de la muerte del Santo, fueron tales, y tantas, que pudieran dár assumpo à vna dilatada Historia, si se huvieran de escribir con individuacion. En todas se vè cumplida con harto dolor de nuestros coraçones la profecia de Capistrano:

mas

Primum gemas est demerita velle quipiam à malis suis iusto quiescere, & Deum invitare à sua velle visione cessare. Greg. lib. 8. regist. Indict. 3. 41

CAPITULO XIX.

AGRAVASE NOTABLEMENTE LA enfermedad de Capistrano: Vistrale el Rey, y Principes de la Hungria: Y exercita prodigiosamente el espíritu de su Caridad, y Religión.

Por muerte de Huniades se proveyò el mandò general de las Armas Catholicas en el Conde de Vilach, llamado Nicolàs, que tambien era Bayvoda, ò Governador del Reyno de Hungría. Fue muy de la aprobacion de Capistrano esta provision: porque en el sujero, en quien recaia, concurrían todas aquellas buenas partes de experiencia, destreza, zelo, fidelidad, y valor, que pide tal empleo, y que eran necessarias, para que no se echasse menos la falta de Huniades. Con esta ocasion, y desseo el Santo de consolar al Exercito en la perdida de su General difunto, sacò fuerças de flaqueza, y se encaminò al Campo, aunque sumamente molestado de su calentura, y penosos accidentes. Con la visita del Exercito se recedò su espíritu; y entendido en el zelo de la Santa Fè, hizo à los Soldados vna fervorosísima exortacion, en la qual les alentò mucho à la profecucion de su santa empresa, y les recomendò encarecidamente al nuevo General. Diòles despues la bendicion vltima, con que se despidió; dexando los coraçones de todos tan llenos de gozo por la bendicion, como de dolor por la despedida. El Conde, y nuevo General, viendo al Santo tan gravado de su continua calentura, deseaba mucho

Parte V.

conducirle à su Ciudad de Vilach, para que ni en muerte, ni en vida saliesse mas de alli; y por este medio quedasse enriquezido este Lugar de su Dominio con tan precioso Tesoro. Consiguió este Principe su piadoso intento; porque el Santo, sintiendose cada dia mas debil, y quebrantado al rigor de sus dolores, se diò à partir, y condescendió à los deseos de su Bienhechor. Conduxole con toda aquella conveniencia, que permitió la austeridad del Santo, al Convento de la Ciudad referida. Aquí postradas yà del todo las fuerças, para poderse tener en pie; se rindió à la cama, ò por mejor dezir, à las casi desnudas tablas de vna tarima: en cuya dureza, mas que descanso, hallàran potro sus dolores, si el rigor de su mortificación no le tuviera tan habituado à este genero de martyrio.

Al passo que se iban atenuando las fuerças del cuerpo, se repetían mas impetuosos à su esfera los buelos del espíritu. Estando la noche de la Natividad de MARIA Santísima Señora nuestra, exhalando su coraçon en ardientes quejas, porque se le prolongaba el destierro de esta miserable vida, le visitò el Señor, y le consoló con la revelacion de su cercana muerte. Como daba seguridad al Santo para este lance el testimonio de su conciencia, y la firmísima esperança en la Misericordia Divina; y en el infinito valor de los meritos de Christo: celebrò la noticia con indecible júbilo de su espíritu; y todo correspondia à los anhelos, con que deseaba verse vnido à su Amado en el abrazo indissoluble de la Caridad eterna. Desde este punto se agravaron tanto los dolores, y descubrió tanta malignidad la calentura, que la medicina desesperò de la salud; no obstante que no se dexaban de aplicar quantos remedios inventaba la especulacion de los Medicos. Admitta el Siervo de

Q 2

Dios

del Cielo; que le daba à conocer en la tierra con gages de Bienaventurado.

CAPITULO XX.

RECIBE SAN JUAN DE CAPISTRANO con singular espíritu los Santos Sacramentos: predize la hora de su muerte, y otros sucesos futuros; y mueve en el osculo del Señor con maravillosas circunstancias.

NO con mas anhelo trabajan las llamas en desprenderse del combustible, para bolar à la Esfera: que forcejaba el espíritu de Capistrano en desatarse de las prisiones del cuerpo, para bolar à la Patria. Con esta sagrada impaciencia; efecto castizo de vn corazón todo abrasado en el purísimo incendio del amor Divino; se confesò generalmente el día sexto antes de su muerte con su amado Compañero Fray Juan de Taglacocio. Este, refiriendo la serie de esta confesion, dize las palabras siguientes: Aviendo precedido vna digníssima preparacion, se confesò conmigo general, y particularmente el Varon de Dios; con tanto dolor de corazón, y tal tenacidad de memoria, que hasta las mas menudas circunstancias de sus culpas tenia delante de los ojos. O que espectáculo era este tan para vistoso Vn Varon Bienaventurado, y clarísimo en todo genero de virtudes: Vn Varon, à quien sobre la ancianidad de los setenta años hazian summamente digno de compasion, y reverencia lo palido de su semblante, y lo consumido de la piel, que era, la que solamente cubria la armadura de sus huesos: Vn Varon arido, y denegrado todo el ardor de su prolongada, y molesta enfermedad: Vn Varon igual-

Taglacocio.
sitatus.

mente quebrantado à los golpes de su penitencia, y à las tareas de su predicacion, y zelo tanto: este, pues, se pone à mis pies, se arrodilla, se postra; y descubierta la cabeza llena de venerables canas, se dà golpes de dolor en los pechos, y derrama lagrimas de contricion! Y como yo movido à compasion, le insinuasle, que se quisiese sentar; para hazer su confesion con menos molestia; me respondió, que de ninguna manera lo haria, en protesta de sus culpas; y es cierto, que en el reconocimiento, y confesion de ellas era tan humilde, que parecia otro David penitente. Mas hago à Dios testigo, y à todos sus Angeles, que aunque en su concepción se reputaba por el mayor de los peccadores, no reconocia su conciencia, despues que entrò en la Religión, el estímulo de alguna culpa mortal; ni en el candor de su Alma cayò la mancha de pecado grave. Su mayor delito, y de lo que inconfolablemente se dolia, era, no aver merecido la corona del martyrio, à la qual anhelo toda su vida con atenciones ansias: ni aver executado muchas cosas, que podian conducir à la mayor gloria de Dios, y bien de las Almas; y en realidad de verdad fueron hechas por èl en diversas Provincias, y Reynos, ayudado de la Divina gracia, tales, y tantas cosas en quarenta años de vida en la Religión; que despues de los Apostoles, no leemos semejan- te. Y aunque para reconciliarse con Dios en el estado presente, no tenia necesidad de penitencia alguna; ni del beneficio de la absolucion; todavia, recibida la penitencia Sacramental, quiso que se le diese la absolucion del Pàpa, y de su Legado, concedida para aquella hora. Pero yo ciertamente apenas

po-

podia executarlo; porque se anegaba mi voz entre la abundancia de mis lagrimas: y como me confesò, deraba tan lleno de pecados, ni aun à tocar su santa cabeza me atrevia. Concluida la confesion en el mismo puesto; esto es, en la tierra desnuda, se quedò allí en oracion humillado, y postrado, preparandose, para recibir por Viatico la Sagrada Comunión. Hasta aqui este Autor; y cuyas palabras, si bien se consideran, explican en gloria del Siervo de Dios mucho mas de lo que dizen.

Todo este dia gastò en prepararse dignamente, para recibir el Pan del Cielo, con que esperaba fortalecer nuevamente su corazón, y concluir el prolongado camino de su trabajada peregrinacion à la Patria. El día siguiente pidió con mucha humildad al Guardian, le diese los Santos Sacramentos de la Eucharistia, y Extrema-Uncion; porque ya se acercaba su fin, y queria morir protestando su obediencia, y rendimiento à la Santa Iglesia Catholica, así como perpetuamente avia vivido en ella. Condescendió el Prelado à sus deseos; y junta la Comunidad, le llevaron el Sagrado Viatico, como lo avia pedido. Antes de recibirle; con extraño fervor de espíritu dexò su tarima (donde siempre tuvo vestido el Abito) y puesto en tierra de rodillas, y postrado en presencia de los Religiosos al pie de la mesa, ò Altar, donde estaba el Santísimo Sacramento, dixo su culpa, y pidió publico perdón de sus malos exemplos, y relaxaciones. Rogò tambien à la Comunidad, hiziesse oracion al Señor, para que le concediesse recibir dignamente tan venerables Sacramentos; y que despues de ellos le encomendasen el Alma, no mas de hasta la oracion, que comienza: *Proficiscere Anima Christiana*; por-

que para proseguir; lo que restaba; dixo: *Avifare à su tiempo*. Con estas admirables disposiciones, y todo bañado en lagrimas, recibió vno, y otro Sacramento de Eucharistia, y Extrema-Uncion.

Los singulares efectos, que causaron en su espíritu, se dexaron conocer en parte por la impetuosa avenida de vn extraordinario jubilo; que le hizo prorumpir en estas palabras; frecuentemente repetidas: *Nunc dimittis Servum tuum Domine, secundum verbum tuum in pace; quia viderunt oculi mei salutare tuum. Ora, Señor, dexas à tu Siervo en paz segun tu palabra; por que vieron mis ojos tu salud*. No me meto en adivinar, que generò de sobran favor seria el que al Santo le hizo dezir: *Que avian visto sus ojos la salud del Señor*; quando acababa de recibir el Sacramento de la Pè, al qual esta siempre mira con ojos vendados; pero lo cierto es, que las palabras, y las circunstancias dexan abierto el campo al entendimiento, para vna piadosa sospecha, de que viò Capistrano en esta ocasion, lo que ni ojos vieron, ni oidos oyeron, ni jamás pudo caer en el corazón humano.

Cesaron los impetus de tan extraordinario jubilo, y sucedieron profundos raptos, y extasis altísimos; en los quales le revelò el Señor muchos secretos, y varios sucesos, conductos, así à lo común de la Iglesia, de la Hungria, y de nuestra Seráfica Religión; como à lo particular de muchas personas. Todo lo dixo el Santo, y todo se calificò de verdad profetica por los efectos. Entre las muchas cosas, que en esta ocasion vacitò, vna fue, que algunas de las personas, que mas le avian amado en vida, le harian la mayor oposicion despues de su muerte. Cumpliose à la letra; porque el Cardenal Legado, que

que hasta morir le amò tiernamente, y venerò como à Santo: luego que murió, se opuso con tanto empeño à la causa de su Canonizacion, por los motivos, que adelante dirè, que se detuvo mas de docientos años, aviendo empezado à correr con admirable prosperidad.

La ocupacion interior de los excessos mentales referidos, fuè casi continua en el Santo por el espacio de cinco dias, que restaron hasta su dichosa muerte. Pero en aquellos intervalos, que le dexaba libre el intimo, y secreto abrazo de su amado, descendia à los empleos de la caridad del proximo; cuya virtud fuè siempre el centro, à que miraron todas las lineas de su espíritu. Yà que no podia en aquel tiempo explicar por otros medios estos ardientes conatos de su caridad, lo hazia, exortando fervorosamente à sus Religiosos, que se ajustassen à todas las puntualidades de su Santa Regla, para conseguir la perfeccion, à que por su estado debian aspirar. Y para que perpetuamente tuviesen escritos en el corazón los medios mas proporcionados à este fin, hizo, que en vez de testamento se escribiesen solas estas tres clausulas: *Zelus Religionis: Fervor Charitatis: Rigor correctionis*. A estos tres puntos (en que dexò impresso el propiisimo caracter de su espíritu) reduxo el Siervo de Dios todas las determinaciones de su vltima voluntad, para la manutencion, y mejora de su nueva Familia de la Observancia: y dispuso, que en todos sus Conventos se hiziesse notoria esta su determinacion, para que arreglados à ella todos los Religiosos, conservassen perpetuamente en su verdor la paz, y regularidad, que tanto avia deseado.

A estos consejos se siguieron las bendiciones; è incorporado en el

lecho, como otro Patriarcha Jacobi antes de su muerte, bendixo en primer lugar à la Santa Iglesia Catholica, y à cada vna de las Ordenes Religiosas de ella: y con mucha especialidad à nuestra Religion Serafica. Despues bendixo à las Religiosas de Nuestra Madre Santa Clara; derramandose con especial ternura en las bendiciones de aquellos Monasterios, que el mismo Santo avia fundado en la Italia, como diximos en el Capitulo Treinta del Libro Primero. Ultimamente bendixo en particular à todos sus Compañeros, y demàs Religiosos de aquel Convento; y à otras innumerables personas, que le avian sido devotas: à cada vna de las quales las expresaba por su nombre, quando las daba la bendicion.

En esto se llegó el dia veinte y tres de Octubre, en que Dios N.S. avia determinado consolar à su Siervo, levantandole el destierro de esta vida, y coronando sus merecimientos con la corona de justicia, que le tenia prevenida para la eternidad. Y como el Santo sabia por la Divina revelacion, que era ya llegada la hora de passar de este mundo al Padre, hizo llamar à los suyos, para que profiguessen la recomendacion del Alma, desde donde la dexaron, quando le dieron los Santos Sacramentos. Escufabanse los Religiosos, pareciendoles, que no estaba en aquel vltimo peligro, que pedia esta diligencia: yà sea, que el dolor de tanta pérdida les desmintiesse las señales de su muerte; yà, que el Siervo de Dios con el gozo, que revertia del corazón al semblante, mas parecia resucitado, que moribundo. En fin los Religiosos sacrificando su juicio, y su dolor à las instancias del Santo, hizieron lo q les disponia, empezando à encomendarle el Alma desde aquella oracion: *Proseiscere Anima Christiana*. En el mismo instante

instante que los Religiosos pronunciaron estas palabras, juntò el Varon de Dios las manos al pecho; clavò en el Cielo los ojos, y bañado el rostro de vn nuevo, y extraordinario regocijo, entregò su feliz espíritu en manos de su Criador à la hora de Visperas. Sabado, dia veinte y tres de Octubre del año del Señor de mil quatrocientos y cincuenta y seis, à los treinta y vno de su edad, y quarenta de Religion. Quedò el cuerpo del Siervo de Dios por largo espacio de tiempo en la misma forma, y disposicion, en que se puso para morir: los ojos claros, y fixos en el Cielo; el semblante risueño; las manos vnidas al pecho; y como entre tantas señas de vida se desparecieron los horrores de la muerte, no conocieron tan presto los Religiosos, que yà avia espirado. La falta, empero, de pulsos, movimiento, y respiracion, les diò à conocer su piadoso, y bien fundado engaño: del qual salieron muy à costa de su dolor, y lagrimas.

CAPITULO XXI.

CELEBRES EXEQUIAS DE S. JUAN de Capistrano, y sus maravillosas circunstancias.

A Quellos muertos Bienaventurados, que mueren en el Señor, entonces comiençan verdaderamente à vivir, quando parece que acaban: no solo porque entran por las puertas de la muerte à la posesion de la vida eterna, que es la verdadera vida; sino tambien porque sus virtudes coronadas con la perseverancia final, los hazen immortales en las voces de la fama, y en la memoria de los hombres. Apenas se començò à divulgar el rumor del transito felicisimo de Capistrano, quando commovida de universal sentimiento la Ciudad, se

llenò de confusion, y lagrimas: por que ni los tropes de gente, que de todos sexos, y estados concurrían al Convento, cabían en las calles: ni para las avenidas del dolor eran bastante cauce los corazones. Quando llegaron à la Clausura, la vieron cerrada à la entrada, y al consuelo: aviendo así prevenido la prudencia de los Religiosos, para impedir los desmanes de la devocion popular en tales ocasiones. No bastò à ponerla cotos la referida diligencia; porque así como el raudal despeñado se refuerça, y remonta sobre los mismos estorvos, que se oponen à su corriente: así el impetu de la piedad de los Fieles probò à quebrantar las puertas; y no aviendo conseguido por lo fuerte, y robusto de ellas, escalaron los muros, haziendo, que passasse por veneracion esta vez su piadoso atrevimiento.

Fueronse à la Enfermeria, y en prosecucion del asalto intentaron el saqueo: que consiguieron en parte, llevandose para reliquias casi todas las halagillas pobres del Siervo de Dios. Con el Venerable Cadaver no hizieron exceso alguno; porque para que no le hiziesen, diò muy de antemano providencia el Governador de la Ciudad por instruccion secreta, que tenia de su Amo el Señor Conde Vilacense. La providencia fuè, que luego como el Governador se certificasse del vltimo peligro de Capistrano, pudiesse de guardia en el Convento sesenta y quatro Cavalleros armados, de los mas principales de Vilach; los quales, ni de dia, ni de noche se apartassen de la vista del Siervo de Dios, y se opusiesse, si necesario fuesse, con la fuerza de las armas à qualquiera movimiento encaminado à extraer de su Ciudad tan apreciable Tesoro. Cumplieronlo así con empeño tan exacto, que aun los mismos Religiosos tuvieron mucho que

que vencer, para que se les permitiese aderezar el Cadaver, y ponerle en el Feretro.

Colocado en este, y teniendo aun cerradas las puertas de la Claustura, le llevaron à la Capilla Mayor de la Iglesia. Pusieronle junto al Presbyterio, y aviendo cerrado fuertemente las verjas, que mediaban el Templo, abrieron las puertas publicas, para que sin peligro de exceso pudiesse lograr sus anhelos la devoción. Avian determinado el Governador, y los Religiosos llevar el Santo Cuerpo con pompa solemne por todas las calles de Vilach, para que le viesse, y venerassen todos los moradores: pero cessaron en este intento, luego que los exorbitantes concursos, que de todas partes venian à satisfacer sus votos, le hizieron impracticable. Determinaron por ultimo, que sin sacar el Cuerpo de la Iglesia, se celebrassen en ella las Exequias con solemnissima pompa por siete dias continuos. Los gastos, que en ellas se hizieron, fueron excessivos: y todos corrieron à cuenta del mismo Señor Conde de Vilach, General de las Armas, en cuyo coraçon se compitieron esta vez lo derramado de la magnificencia, y lo generoso de la piedad. Estaba ausente à la fazon este Principe, embarazado con las nuevas disposiciones de la futura Campaña; y tenía dado orden, que por ningún acontecimiento se diese al cuerpo sepultura hasta que su Excelencia lograse la dicha de venerarle, y de registrar por sus ojos las maravillosas circunstancias de su incorrupcion, de que ya se le avia noticiado.

El Venerable Cadaver estuvo expuesto à la publica veneracion por todos los siete dias continuos, que duraron las Exequias: y en todo este tiempo fuè vn perene manantial de

beneficios, y milagros. Entre estos se admiraron principalmente la perfecta vista de muchos Ciegos; y la cabal salud de muchos moribundos; y la portentosa resurreccion de dos muertos. En el mismo tiempo no solo no se experimentò aquella horrible corrupcion, natural à vn Cadaver de siete dias, sino que antes se conservaba hermoso, risueño, flexible, y despedia de si tan celestial fragancia, que no dexò la menor duda à la piedad, para creer la felicidad eterna, de que ya gozaba su espíritu. Estas circunstancias, y la frecuencia de los milagros eran voces, con que reforçaba la fama la aclamacion de las virtudes del Siervo de Dios: y todo junto atraia cada dia de las Ciudades, y vezinas Poblaciones mayores, y exorbitantes concursos; siendo entre ellos muchos los que ofrecian al Santo sus Voros, y Presentallas.

Tanto resplandor de honores diò muy en rostro à la malicia de vn Emulo, que estaba de azecho, para formar acusacion ante el Legado Pontificio. Era el tal vno de aquellos maldicientes refabidos, que muy à lo circunspeto quieren vender por primores de cautela las cabilaciones de la impiedad. Glossaba la veneracion de los Fieles como supersticioso desorden; y fiscalizaba à los Frayles de imprudentes en permitir la, y de interesados con torpe logro en admitir las Presentallas, y Carios, que ofrecian al Siervo de Dios, los que por su intercesion se veian sanos de sus enfermedades. Pareciòle, que materia de tanto peso no era para dexada así: y teniendo sus razones del color de sus afectos, diò quenta de todo lo que passaba al Cardenal Legado; sin olvidarse à bueltas de la acusacion, de avivar el sentimiento, de que ya estaba picado este Principe contra el Siervo de Dios, porque no

hi-

hizo memoria, ni recomendacion de su persona en la carta, que escrivio à Calixto Tercero, despues de la Batalla de Belgrado. Como el hombre en sus ponderadas, y astutas razones hablaba tan al compàs, y medida de las quejas del Cardenal, le fondò bien la acusacion, y la diò facil entrada, y asiento en el tribunal de su juicio. Con este motivo, y con la plenitud de potestad que tenia, mandò à los Religiosos, debaxo de graves penas, que luego al punto como recibiesse sus Letras, diesen al Cuerpo sepultura en el entiero comun de los Religiosos. Obedecieron estos puntuales, persuadiendo al Governador, y à los Cavalleros, que no se opusiesse à la determinacion de este Prelado de la Iglesia, por las escandalosas consecuencias, que de tal oposicion pudieran seguirse. Dexaronse vencer todos de tan acordada proposicion, aunque no sin el dolor, de que se escondiesse debaxo de la tierra, y en deposito vulgar el Teforo de tan Venerable Reliquia.

Estimulado de este dolor el Governador, y sentido del acelerado rompimiento del Cardenal en materia, que segun su juycio debiera caminar à passo mas lento, diò aviso de todo lo que sucedia al Conde su Amo. Llevòlo este agriamente, mancomunando en su coraçon para su sentimiento la devocion al Santo, y el desayre à su pundo, y autoridad, en que se imaginaba ofendido por el Legado Cardenal. Azorado de esta aprehension, diò la buelta à Vilach por la posta, para tomar satisfaccion de su desayre, y mirar por los mayores honores del Siervo de Dios. Luego que llegó à la Ciudad, se enderezò con toda su Guardia de à cavallo à la Iglesia del Convento, donde hizo à los Religiosos, que le mostrasse la sepultura del Venerable Cadaver: y avien-

dole obedecido, mandò à sus Soldados abrirla sin replica, ni dilacion. Executaronlo prontamente, y apareció el Santo Cuerpo tan hermoso, flexible, y fragante, que mas parecia baxado del Cielo con dotes de Gloria, que desembuelto de la tierra, y salido de los horrores del sepulchro.

Venerò al Santo el piadoso Principe, bañados en lagrimas de devocion los ojos: y despues de aver hecho lo mismo los de su Comitiva, mandò depositarle en vna caja bien guarnecida, que el mismo Conde tenia prevenida de antemano: así para que tan sagrada Reliquia se venerasse con la debida decencia; como para que estubiese bien defendida de los desmanes de la devocion. Esta caja con el Santo Cuerpo se colocò en vna Capilla de la Iglesia, fabricada sumptuosamente à expensas del devoto Principe, y Señor de Vilach. Todo el tiempo que estuvo el Santo colocado en ella, ardieron de dia, y de noche lamparas, y blandones consagrados à su culto, y costeados todos por la devota magnificencia del Conde. Sobre el Altar, donde se depositò el Venerable Cadaver, dedicò la piedad à la gloriosa fama del Siervo del Altissimo el Epitaphio siguiente.

Hic tumulus servat praeclaræ laudis Ioannem,

Gente Capistrana: Fidei Defensor, & Auctor;

Ecclesiae Tutor, Christi Tuba: tum Ordinis ardens

Fautor: in Orbe Decur: tum veri Cultor, & aequi,

Et vitæ Speculum, doctrinæ maximus Index:

Laudibus innumeris iam possidet astra Beatus.

Vixit annos XXXI. m. III. d. XXXII.

CAPITULO XXII.

UNIVERSAL SENTIMIENTO DE LA Europa en la muerte de Capistrano: dase razon de lo que sucedió con su Venerable Cuerpo: y descrivese su Phylonomia.

Por mas que trabajen los conatos de la emulacion, nunca seràn bastantes à borrar en el templo de la immortalidad la Imagen de aquellos Heroes, à quienes quiere honrar el Altísimo, como à Fieles Siervos suyos, con la universal, y constante aclamacion de sus virtudes. Vozcaba el Mundo las de Capistrano al passo, que levantaba el grito la malicia, para confundirlas en eterno olvido: y en tan notable contraposicion de voces se atendió mas armoniosa que nunca, y levantada hasta los Cielos la fama de su fantidad heroica. Luego que llegó à oídos del Summo Pontífice Calixto Tercero, la muerte del Siervo de Dios, expresó con lagrimas el altísimo concepto, que tenia formado de sus Virtudes, y la pérdida tan fatál de la Iglesia en vn Sujeto, que con fidelidad de Siervo, y con fineza de Hijo, avia sido perpetuo defensor de sus inmunidades, y ardentísimo zelador de sus honores. En consecuencia de este concepto tomó el Papa con tanto calor la causa de la Canonizacion de Capistrano, que le huviera dexado puesto sobre las Aras, à no aver atajado la muerte sus santos intentos. En esta misma consideracion estaban las mas de las Provincias de Europa, y las Ciudades de Italia, Alemania, Bohemia, Polonia, y Hungria: especialmente aquellas, à quienes avian alcanzado mas de cerca las luzes de la doctrina del Santo, y los influxos de sus beneficios. Todas à competencia desempeñaron su deu-

da en la pompa (mas festiva, que funebre) que consagraron à su dulce memoria.

Muchos Principes en particular contribuyeron tambien à estos honores posthumos. Entre todos se señalaron magníficamente el Excelentísimo Señor Leonello, Conde de Celano, y la Excelentísima Condesa Cobela su Esposa. Esta Señora, aunque siempre protegió el reverente amor, que profesó à Capistrano (como à Padre de Espiritu, que la dirigia à la vida eterna: y como à Santo, que la sacó de los fauces de la muerte, y restituyó milagrosamente à la vida temporal) en esta ocasion se excedió à sí misma. Hizo, que se celebrassen con sumptuosísimo aparato tres dias continuos las Exequias de su Santo Padre en el Templo principal de la Ciudad. A este fin convocó de sus Estados quatro Obispos, y seiscientos y sesenta Sacerdotes: à todos los quales repartió hachas de cera, para que encendidas las tuviesen en las manos todo el tiempo, que duraban los Oficios Funerales. Dióles de comer esplendidamente en todos tres dias: y en los dos primeros, tuvo puesta mesa franca, à que se sentaron quatro mil personas, que de todos los lugares de la Comarca avian concurrido à la funcion. A este modo (aunque no con tan derramada magnificencia) expresaron las Ciudades de Italia la altura de veneracion, en que siempre atendieron à Capistrano: como lo hizieron tambien en la muerte de su Santo Maestro San Bernardino.

El Cuerpo del Siervo de Dios, se conservó por muchos años incorrupto, y colocadon en Vilach en la sumptuosa Capilla, que dixen en el Capitulo antecedente; creciendo cada dia sus honores, y cultos, con la frecuencia de los milagros. Pero aviendo puesto los Turcos sitio à Vilach, y

estrechando su Guarnicion à la entrega con la fuerza de las armas, fué preciso à los Religiosos desamparar el Convento, y retirarse la tierra adentro con el Sagrado Tesoro de las Reliquias del Santo. Vinieron à parar à Zolosso, Poblacion de la Transilvania, donde nuestros observantes ya tenian Convento. En el Templo de él, y en el Altar Mayor colocaron el Santo Cuerpo, con tanto aplauso, y veneracion, que no se echaron menos los cultos de Vilach. Poco despues, cundiendo por aquellas Provincias el contagio de los errores de Calvino, se inficionó con ellos el Señor de Zolosso, llamado Francisco Perennio, y à su exemplo casi todos los moradores de la Poblacion. Con el contagio de esta heregia de tal fuerte se pervirtieron en el pladoso juicio, y fe, que tenian con el Siervo de Dios, que con furia de freneticos hizieron muchos malos tratamientos à los Religiosos, que guardaban con veneracion el Santo Cadaver. Para impedir esta; desterraron con ignominia à todos los Frayles, y arruyaron el Convento; sin dexar, ni aun leves vestigios del. Desbrabaron vitivamente su furia en el Venerable Cuerpo de Capistrano, sin que la maravillosa fragancia, que exhalaba, pudiesse conciliar en la barbaridad de los Hereges, ya que no reverencia, à lo menos atencion. En fin, cansados de hazerle vitrages, y de traerle por ludibrio de su bruta ferocidad, le arrojaron, segun vnos, en el Danubio; segun otros (y es lo mas probable) en vn profundísimo pozo. Cegaronle despues tan del todo, que jamas, por diligencias que se han hecho, se ha podido descubrir el lugar, que esconde tan admirable Reliquia. Es vulgar tradicion entre los Hungaros Catholicos, que luego que se descubra, han de volver à recuperar los Parte V.

Christianos toda aquella parte de Hungria, que gime debaxo del tyrano imperio del Turco. No tiene mas apoyo esta noticia, que el de la piadosa creencia de aquellos Pueblos; pasando de Padres à Hijos, como consuelo, que entretiene, ò templa en algo el dolor de verse tyránizados de vn Barbaro, y sin la posesion del Cuerpo de su Santo Defensor, y Patrono. Lo cierto es, que tales permisiones (de que en la Historia Sagrada, y Ecclesiastica no faltan exemplos) tienen altísimos fines en lo escondido, y profundo de la Divina Providencia: y como esta sacó à luz en tiempo oportuno el fuego del Santuario, que quedó ignbrado en otra obscura profundidad; así tambien, si conviniese para su gloria, hará patente con circunstancias dobladamente plausibles el Cuerpo de su Siervo.

De otras reliquias suyas se conserva en el Reyno de Polonia en nuestro Convento de San Bernardino de Posnania la Vandeira, de que usó en la portentosa Batalla de Belgrado contra los Turcos. En la Rusia en el Convento Sámboiense guardan tambien nuestros Observantes el Sermon de *De Passione Domini*, que escribió de mano, y letra propia. En fin, son innumerables los monumentos, que así en la Hungria, como en Polonia, Bohemia, Alemania, è Italia, conservan gloriosa su memoria; y los creditos de su portentosa Santidad.

La estatura del Santo declinaba à pequeña, pero sin el extremo, que pudiera hazerla mal vista. Tuvo el semblante sereno; los ojos graves; la frente despejada, la nariz aguilena, la barba, y cabello crespo, y castaño, y en sus mayores años bastantemente cano; la cabeza calva sin monstruosidad, y no mas de lo que bastaba, para

*Passionem contra
poie Vienna
vidimus.
Aneas Silvii
Hist. Bohem.
cap. 65.*

*Reading,
ad ann.
1456. n.*